

ritu Santo sino para que pudieran comunicar la gracia de la regeneración bautismal; por consiguiente, bien podemos contemplar ahora el pez como el emblema del cristiano.

En efecto, solo al cristiano se le aplican con toda justicia aquellas palabras que leemos en el Eclesiástico: "El principio de la vida del hombre es el agua. *Initium vite hominis aqua.*"¹ Y si es cierto que solo la verdadera vida, esto es, la vida cristiana, comienza por el agua, ¿no hubiera sido conveniente que la creación animada hubiese tenido principio en aquellos seres que no pueden vivir más que en el centro de las aguas?

"La agua regenera al cristiano á la gracia—dice San Ambrosio—así como engendra al pez á la vida natural."

"¡Oh alma cristiana! ten cuidado de esa agua tan indispensable para conservar tu verdadera vida; si tu conducta es conforme con la fe que recibiste en el bautismo; si continúas nadando en las aguas de la gracia donde fuiste sumergido al tiempo de tu nacimiento, y si eres fiel á ese elemento que tanto te conviene, conservarás tu fuerza y tu hermosura; pero si ofendes á Dios, y si por tu criminal conducta reniegas de la fe que recibiste ó quebrantas los juramentos de tu bautismo, teme mucho, ¡oh alma cristiana! porque fuera del agua, el pez muere... y entonces también tú morirás."²

III

Esas grandes aguas del mar donde viven los peces, nos sugieren además otra enseñanza.

Ellas son la imagen del mundo con sus olas, escollos y tempestades. Mas el pez nunca teme al mar: sus tempestades no le espantan, no se encalla en ninguno de sus escollos, siempre va nadando, y habituado como está á abrirse camino aun en medio de las más grandes oleadas, ninguna de ellas le abate.

"¡Oh cristianos!—continúa San Ambrosio—vosotros á quienes las aguas del bautismo han favorecido con una gracia mucho más grande y singular, tomad por vuestro modelo al pez. El mundo tiene sin duda sus oleadas embravecidas, sus grandes escollos y desechas tempestades; pero el pez va nadando. Nadad también vosotros, y como él, permaneced salvos en medio de la tempestad."³

IV

Comparada con el aire tan sutil que el hombre respira y sin el cual no podría vivir, el agua es un elemento mucho más denso, más pesado, y que figura la pesada atmósfera donde se agitan las concupiscencias y las pasio-

¹ Eccli. XXIX, 28.

² Lib. IV, de fug. sac. cap. VI.

³ Ved el capítulo de los pájaros.

LOS PECES.

Los peces han sido creados ántes que los otros animales.—Cómo son el emblema del cristiano.—Cómo figuran al pecador.—El mutismo de los peces.—La pesca.—La red de Jesucristo.—Los Apóstoles.—Los peces buenos y los malos cogidos en una misma red.—Las dos pescas milagrosas.—Jesucristo figurado por el pez.—IXOYZ.—*Pissis, assus, Christus, passus.*—El pez, símbolo de la Eucaristía.

DIOS había creado el cielo y la tierra, y separando las aguas que estaban sobre el firmamento, de las que estaban debajo de él, las congregó en un solo punto. La reunión de todas estas aguas formó desde entonces la inmensidad de los mares. También había adornado la tierra haciendo que apareciera en su superficie la verde yerba y los árboles frutales, decorando en seguida los cielos con el sol, la luna y las estrellas que quedaron suspendidas en el firmamento.

A pesar de tantas bellezas, la vida aun no existía, y todo el mundo creado se asemejaba á un palacio desierto esperando á sus huéspedes y á sus señores. Entonces dijo Dios: "Produzcan las aguas animales vivientes que naden..." y aparecieron los grandes peces y todos los animales que viven y se mueven en las aguas, y despues los bendijo diciéndoles: "Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar."¹

II

De esto se infiere que los animales primeramente creados fueron los peces y también los primeros que recibieron las bendiciones del Señor.

Mas en este privilegio concedido á los seres que viven en medio de las aguas y que mueren al instante en que se les saca de ellas, el pensamiento cristiano descubre luego un misterio.

Las aguas son el símbolo del bautismo, y no las hizo fecundas el Espí-

¹ Gen. I, 20-22.

nes humanas. Y así como los pájaros que vuelan en lo más alto de los aires son la imagen de las almas santas que aspiran hacia las regiones purísimas de la divina Sabiduría, así también, aunque en un sentido diferente de aquel que acabamos de exponer, los peces nos simbolizan á aquellos hombres que sumergidos en el abismo de los intereses carnales, recorren incesantemente los oscuros senderos del mundo, que es un océano de maldad donde se extravían buscando en vano los bienes engañosos del siglo en el que todo pasa y se desliza con la misma velocidad con que pasan y se suceden las olas.

Y al atravesar así el fondo de las aguas, ¿qué es lo que buscan los peces con tanto afán? buscan su alimento; pero lo que más frecuentemente sucede es, que para alimentarse, se devoran los unos á los otros. Nuevo símbolo donde es fácil reconocer á los hombres que viven con la vida del mundo, aborreciéndose y combatiéndose por sus intereses ó por sus pasiones, estando en una abierta é incesante lucha donde los poderosos triunfan y donde los débiles sucumben.

Decid ahora si no es verdad que el mundo es un océano donde los hombres se devoran entre sí.

V

El mutismo de los peces hace que se parezcan más todavía á esos hombres que acabamos de describir, los que sumergidos en el blando lecho de la vida profana del mundo, se olvidan bien pronto del divino lenguaje que hablan los cristianos, "imitando así, según la frase de San Júdas, á los animales mudos."¹

Ellos no saben alabar á Dios con las voces de la oración; su boca está cerrada y nunca se abre para cantar sus divinas alabanzas; tampoco saben confesar sus faltas, y "porque ellos se callan—asegura el Rey Profeta—"se envejecen sus huesos en el mal."²

¿Y quién los curará de tan horrible enfermedad? ¿Quién podrá restituirles el habla? Solo Aquel de quien estaba escrito: "que apareciendo en el mundo con su divina sabiduría, abriría la boca de los mudos y desataría las lenguas de los niños."³

La tierra ha visto este prodigio y aun lo admira todos los días. Curados milagrosamente por Jesucristo aquellos que estaban mudos, cantan ahora las alabanzas del Señor; y desatadas las lenguas de los niños, hacen resonar por todas partes en la Iglesia aquel "Hosanna al Hijo eterno de David."⁴

¹ Judæ, 10.

² Ps. XXXI, 3.

³ Sap. X, 21.

⁴ Mat. XXI, 9.

VI

Algo hemos indicado ya sobre la voracidad del pez: esta es la causa de su perdición cuando instigado por aquella se deja prender del pérfido anzuelo; para atraerlo basta el menor incentivo, una mosca, un gusano, y frecuentemente aun la simple aparición de un objeto con vivos colores.

El pescador oculta el anzuelo con el cebo; en seguida le arroja al agua sostenido todo por un hilo, y entónces le espera.... Apénas se divisa el cebo por el pez, cuando se precipita sobre él con la mayor ansiedad. Verdad es que algunas ocasiones como que tiene miedo y se aleja y parece entónces que una especie de instinto le advierte el lazo que le amenaza; pero su codicia lo vuelve á atraer; ¡llega otra vez, muerde y traga el cebo y el anzuelo! Ved aquí preso en la red á este animal por la astucia del pescador....

¡Oh! ¡cuánta instrucción podremos sacar de esta imagen, especialmente para aquellos hombres tan codiciosos, tan imprudentes y golosos como el pez! Los placeres, las riquezas y los honores vienen á ser para ellos un incentivo tan poderoso, que se arrojan á él para devorarlo. Muchas veces les sucede lo mismo que al pez, una nada que brilla y que deslumbra basta para seducirlos.... ¡Pero no importa! El cebo siempre oculta el anzuelo que mata. Sin embargo, alguna vez un pensamiento bueno, un movimiento de la gracia ó los remordimientos de la conciencia, los alejan de tan peligroso incentivo; ¡y qué raro es que sus pasiones no los vuelvan á conducir cerca de él! Entónces muchos son los que perecen realizándose en ellos estas palabras del Eclesiástico: "Como el pez se prende en el anzuelo del pescador, así el hombre se deja sorprender del mal que inopinadamente viene sobre él."

VII

Verdad es que los incentivos del mundo engañan á los hombres y los pierden; pero también es cierto que la red que les tiende Jesucristo los levanta y los salva del abismo.¹

Frecuentemente vemos en el Evangelio que los hombres son comparados á los peces, y que la pesca es una de las imágenes con las cuales nos ha figurado la grande obra de la salvación de los hombres.

Sus cuatro primeros Apóstoles eran simplemente pescadores, á quienes encontró en el lago de Genezaret, arrojando las redes ó remendándolas.

Ahí los llama y la primera palabra que les dirigió fué esta: "Seguidme, y os haré pescadores de hombres."²

Mas aquí nos hace advertir San Juan Crisóstomo: "que habiéndolos lla-

¹ S. Ambr. Hexam. lib. V, cap. 6.

² Mat. IV, 19.

“mado esta primera vez se alejaron de Él. . . . ¿Y qué hizo entonces? no se cansó de esperarlos; ántes los volvió á llamar y los convidó de nuevo hasta que los atrajo para siempre y los llevó consigo, pescando Él mismo á sus pescadores con una gracia y un arte maravilloso.”¹

Al fin los hizo pescadores de hombres. “Y efectivamente—agrega el mismo Padre—ellos arrojaron la red de la divina palabra sobre esa multitud de hombres sumergidos en medio de los abismos y de las borrascas del mundo, y en esas profundidades donde no se puede andar como en tierra firme sin ser arrebatado por las olas.”²

El instrumento de que se valdrán para su pesca será la predicacion de la divina palabra, no de aquella palabra vana realizada por una elocuencia orgullosa, sino por aquella otra ruda y sencilla como ellos; porque como dice muy bien San Agustín: “Jesucristo no quiso hacer de los hombres elocuentes sus pescadores; al contrario, con éstos atrajo á la fé á los que rigen los imperios.”³

VIII

“El reino de los cielos—dijo el Salvador—es semejante á una red arrojada en la mar; reúne todo género de peces, y cuando está llena, la sacan los pescadores á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los ponen en vasijas y echan fuera á los malos. Lo mismo sucederá al fin del mundo: saldrán los Angeles y apartarán á los malos de entre los buenos, y los meterán en el horno del fuego, y allí será el llanto y el crugir de dientes.”⁴

Esta parábola viene á ser como el resumen de la predicacion evangélica en el mundo. La red de la divina palabra se habrá arrojado sobre los hombres y quedará llena.

“Y si la mar es la imagen del siglo presente—nos dice San Gregorio—el término del tiempo se nos figura justamente en las orillas del mar.”⁵ Así es que, cuando la red estuviere llena, se sacará para ponerla en la ribera que separa el tiempo de la eternidad, y los hombres serán divididos en dos clases: de un lado los buenos y de otro los malos. Los buenos serán guardados en los vasos de oro del cielo, y los malos serán arrojados... en las tinieblas exteriores.

IX

Esta parábola que acabamos de explicar nos simboliza á la vez, así el ministerio de la predicacion evangélica, como la sentencia suprema que pronunciará el Soberano Juez en el último día de los tiempos.

¹ Chrys in Mat. hom. XIV.

² Chrys. in Op. imp. sup. Mat.

³ Aug. Tract. VII, sup. Joan.

⁴ Mat. XIII, 47 et seq.

⁵ S. Greg. hom. in Evang.

Mas el Santo Evangelio nos presenta igualmente á la vista dos pescas milagrosas: una que precedió á la pasion del Salvador y otra que tuvo lugar despues de su resurreccion, en las que bajo un mismo símbolo se nos revelan sucesivamente, tanto los destinos de la Iglesia sobre la tierra, como su triunfo en el cielo.

Sirvámolos para la explicacion de una y otra pesca del pensamiento de San Agustín,¹ limitándonos únicamente á explicar su doctrina.

La pesca primera, referida por San Lucas,² acaeció poco tiempo despues de la vocacion de los Apóstoles, quienes continuaron todavia despues arrojando sus redes en el lago de Genezaret.

Aproximándose Jesus á este lago, vió dos barcas que estaban situadas á la orilla y como se veia estrechado por la multitud que le seguia para escucharle, se metió en una de las dos barcas, en la de Simon, y desde ella enseñaba al pueblo que permanecia en la ribera.

El divino pescador arrojaba entonces sobre el pueblo la red de su palabra. . . . Mas quiso tambien desde entonces enseñar á sus discípulos que debian ser en lo sucesivo pescadores de hombres, cual habria de ser el resultado de aquellas pescas misteriosas donde debian congregarse á todas las naciones; y al efecto, luego que acabó de hablar á las turbas, le dijo á Simon: “Entra ahora al mar y suelta tus redes para pescar.” “Señor—le respondió Simon:—toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos conseguido; mas fiado en tu palabra, soltaré la red.”³

El Salvador debia más tarde hacer comprender á sus discípulos por qué en aquella noche nada pudieron pescar, y en efecto, les dijo una vez: “*Quia sine me nihil potestis facere*,⁴ esto es, sin mi luz y sin mi gracia, nada podéis hacer.”

Mas ellos obedecieron entonces, y pescaron tanta multitud de peces, que sus redes ya se rompian, apresurándose á ayudarles los que se habian quedado en la otra barca, llenándose entonces las dos de tal manera, que parecia iban á sumergirse.

En esta primera pesca se nos figuraron desde entonces los destinos presentes de la Iglesia. Las redes lanzadas sobre el mundo han cogido la universalidad de los cristianos: las dos barcas apenas bastaron para contener el copioso fruto de la pesca.

Estas dos barcas nos representan al pueblo judío y al gentil; ellas se reunieron á la voz de Jesucristo, porque Él mismo fué la piedra angular que vino á unir esos dos pueblos.

Esas barcas cargadas de tal manera que parecia iban á hundirse, nos simbolizan tambien á esa multitud de cristianos que viven mal, cuyo enorme peso fatiga á la barquilla de la Iglesia, y á veces nos la hace parecer como sumergiéndose ó inclinándose al abismo.

¹ Aug. serm. 248-250.

² S. Luc. V, 4-5.

³ S. Luc. V, 4-5.

⁴ S. Joan XV, 5.

⁵ Petr. II, 7.

Por último, el Evangelista nos hace notar "que fué tan copiosa la pesca, que las redes se rompian." "Ved aquí el símbolo—dice San Agustín—de la heregía y del cisma que rompen el tejido de las redes de la Iglesia."

En conclusion, véamos á un golpe de vista todo lo que se nos ha querido significar por medio de esta primera pesca milagrosa. Desde luego observamos que la predicacion de la divina palabra unió á todos los hombres formando del judío y del gentil una sola Iglesia; que su riqueza y toda su gloria, se compone de los verdaderos fieles; que al lado de éstos se hallan tambien los malos cristianos, que la fatigan y la deshonran, y en último término, la heregía y el cisma rompiendo los lazos de tan sagrada union.

X

La segunda pesca no tuvo lugar sino despues que resucitó el Salvador; y siguiendo la exposicion del mismo Santo, esta pesca no nos figura otra cosa sino á la Iglesia triunfante, donde únicamente se admitirá á los escogidos.

Apénas resucitó Jesucristo, cuando se mostró de nuevo á sus discípulos en las orillas del lago de Genezaret,¹ y como la primera vez, les mandó que soltaran sus redes, pero no indistintamente por cualquier lado de la barca, puesto que en el lado izquierdo habrian de quedar colocados los pecadores, y que el derecho estaba reservado para los justos á quienes en cierto día deberá dirigirles aquellas palabras: "Venid, benditos de mi Padre...! sino que les dijo: "Echad la red á la derecha del barco;" ellos la arrojaron, y apénas podían sacarla; tal era la multitud de peces que habian recogido: éstos eran grandes; pero á pesar de eso, en esta vez las redes permanecieron intactas.

Los peces eran grandes: hé aquí el símbolo de los escogidos que llegarán á ser como los Angeles del cielo. Los pobres, los pequeños, los ignorantes y los débiles, no pertenecerán más á este mundo; todos ellos llegarán á ser en el cielo fuertes, poderosos, ricos y grandes cuando estén rodeados de gloria.

El que no se hubieran roto las redes, á pesar de haber sido tan grandes y tantos en número los peces cogidos en la segunda pesca, nos figura que en la comunión de los Santos, la unidad será perfecta é imperturbable la paz que en ellos reine.

Ojalá que nosotros podamos algun día entrar en esas dichas redes que guardan á los Santos. Porque acá en la vida es preciso que los pecadores y los buenos vayan hacinados en una misma barca; porque es necesario que haya escándalos, es necesario que haya heregías...² Paciencia, pues, —diremos tambien nosotros con el grande Obispo de Hipona—paciencia,

¹ Joan, XXI.

² Corint. XI, 19.

mientras tenemos que estar en este mundo mezclados entre los peces que pertenecen á la primera pesca. Pero al mismo tiempo tengamos confianza, valor y deseos ardientes para no ser excluidos de la segunda!¹

XI

Acabamos de ver que la Sagrada Escritura emplea con frecuencia la imagen del pez para figurarnos al hombre y darnos así grandes é importantes instrucciones.

Tambien nos simboliza el pez al mismo Jesucristo, como podemos verlo aun en los más antiguos é ilustres monumentos de nuestra adorable religion.²

Allá, en los primeros siglos de la Iglesia, cuando la persecucion por una parte, y la gran multitud de infieles por otra, obligaban á los cristianos á guardar en lo profundo de sus corazones el secreto del divino Rey, comprendemos desde luego que habian adoptado ciertos signos muy propios para recordar las sublimes creencias, cuyos misterios solo á ellos habian sido revelados.

El pez fué uno de esos signos, y por eso vemos que en las lápidas más antiguas descubiertas en las catacumbas, la imagen del pez servia para reconocer los sepulcros de los cristianos. Y no solo la figura del pez, sino hasta el nombre escrito en griego de este modo: *Iϋθυς* revelaba á los fieles ese Dios oculto que todos adoraban. Las cinco letras que lo componen son las que dan principio á las palabras siguientes: *Ιησους Χριστος Θεου Υιου Σωτηρ*: que quieren decir: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. El uso de este piadoso enigma se remonta hasta las tradiciones más antiguas de la Iglesia Oriental.

¿Y por qué el pez es el símbolo de Jesucristo? San Agustín nos da la respuesta diciéndonos:³ "Que así como el pez vive en los senos del mar, así tambien el Divino Salvador ha vivido puro y sin mancha en medio de los grandes abismos de la humanidad culpable."

Además, debemos preguntar primeramente á la misma Escritura Santa, y ella nos dará razon de este símbolo y de todos aquellos que hemos tomado de los mismos objetos de la naturaleza. Así es que el pez que se presentó al jóven Tobías cuando éste se lavaba los piés á las orillas del rio Tigris, es una figura de Jesucristo.⁴ La carne del pez que nutre, su hígado y su corazon que alejan al demonio, y su hiel que vuelve á los ojos la luz, nos recuerdan al Salvador del mundo. Tobías se encontró con un pez misterioso, como más tarde los discípulos de Emmaus se encontraron con aquel Peregrino que tanto esclareció sus espíritus; que prendió en sus co-

¹ S. Aug. serm. cit.

² Spicit. Solesm., de pisco simbólico.

³ Augus. de Civit. Dal. lib. XVIII, cap. 23.

⁴ S. Prosp. part. II. promiss. cap. 29.

razones la llama del amor divino, y que despues vino á ser nada ménos que su alimento en la fraccion del pan. ¹

Aquel pez que se tragó á Jonás, y en cuyo vientre estuvo sepultado el Profeta por el espacio de tres días con sus noches, ¿ no es tambien un brillante testimonio ó símbolo que el Divino Salvador acomodó á su propia persona como una imágen bastante persuasiva de su muerte y de su entierro?

Por último, ¿ no están de acuerdo tambien los Santos Doctores en reconocer igualmente una figura de Jesucristo, ya en los dos peces que con los cinco panes multiplicó en el desierto, ya en aquel pez asado que los Apóstoles presentaron al Salvador cuando se les apareció despues de resucitado y les dijo: “¿ No teneis que darme de comer?”

El mismo Jesucristo quiere enseñarnos que la multiplicacion hecha en el desierto, era una imágen de la divina Eucaristía, puesto que tomando el texto de este pasaje les anuncia á los judíos: “ que si sus padres, á pesar de haber comido el maná en el desierto habian muerto, ellos, mucho más felices que sus padres, nutriéndose con un alimento todo espiritual y divino, vivirian eternamente.”

Y en verdad, los panes y los peces multiplicados al mismo tiempo como lo fueron, significaban de una manera admirable la divina Eucaristía, en la que el sagrado cuerpo del Divino Salvador, figurado por el pez, debía permanecer oculto bajo las apariencias de pan.

Mas por otra parte: si el milagro del desierto nos recuerda principalmente la institucion Eucarística, el pez asado que los Apóstoles presentaron á Jesus despues de resucitado, es tambien el símbolo de su amarguísima pasion.

“Piscis assus, Christus passus.”

Esta frase empleada tantas veces por los padres latinos, nos interpreta las tradiciones cristianas que desde un principio habian consagrado cierta analogía simbólica entre el pez sometido á la accion del fuego y el Salvador consumido por las ardientes llamas de su dolorosa pasion.

Todo esto nos hace comprender por qué motivo gustaban tanto los primitivos cristianos de inscribir por todas partes la misteriosa imágen del pez, puesto que al mismo tiempo les recordaba la Pasion y la Eucaristía. El día de hoy estos misterios se predicán públicamente; y por lo mismo, no estamos obligados á guardar el secreto del Rey, ni como los primeros fieles tenemos necesidad de símbolos que ayuden nuestra memoria; pero sí debemos manifestar con el entusiasmo de la verdadera piedad, que los más caros objetos de nuestro amor, son la Pasion y la Eucaristía.

XII

¡ La Eucaristía! Yo me la encuentro todavía en estas palabras del Salvador: “¿ Quién es aquel de entre vosotros á quien si su hijo le pidiere

¹ Aug. serm. IV, de SS. Petro et Paulo.

“ pan le dará una piedra, ó si le pidiere un pez por ventura le dará una serpiente?” ¹

Cuando en lugar de dirigirnos á nuestro buen Padre que está en los cielos, le pedimos al mundo el alimento de que nuestro corazon tiene deseo ó necesidad, ¡ ay de mí! el mundo no nos da nunca mas que la piedra y la serpiente, la piedra dura y la serpiente engañosa. Pero si al pié de vuestros Tabernáculos, ¡ oh Dios mio! y cuando hemos vuelto de nuestros largos extravíos, nos llegamos á Ti exclamando como el hijo pródigo: “ Señor, me muero de hambre, *fame pecco.*” ² Tú me presentas el pan y el pez, esa doble imágen de la Eucaristía. Entónces el pan del cielo fortifica mi corazon y el pez divino me enseña que á ejemplo suyo, puedo sin peligro para mi alma, cruzar ese océano del mundo tan lleno de escollos y de abismos.

El aspecto de la serpiente... y tambien de... el hombre... el mundo... el pecado... el dolor... el sufrimiento... el sacrificio... el amor... el bien... el mal... el pecado... el dolor... el sufrimiento... el sacrificio... el amor... el bien... el mal...

EN medio de las incógnitas del mundo... los animales... los primeros padres... la felicidad... la desobediencia... la humanidad... el pecado... el dolor... el sufrimiento... el sacrificio... el amor... el bien... el mal...

¹ Gen. III.
² Luc. XV, 13.